a causa de su actitud durante la Guerra de Crimea. Hará "todo lo que le sea posible, dice, para que los piamonteses no hagan tonterías". Todo esto es muy vago. "Ninguna indicación precisa sobre la actitud que observará". Maximiliano se da muy bien cuenta de que no obtendrá del emperador ningún compromiso. Entonces le planteará "muy ingenuamente" la pregunta que le interesa. En el curso de la tarde que precede a su partida, mientras que Roberto Houdin ejecuta sus mejores trucos de prestidigitación, aprovecha la ocasión. Napoleón se lo ha Ilevado a un pequeño salón. "¿Puedo asegurarle al emperador, mi hermano, pregunta el archiduque, que Vuestra Majestad actuará completamente de acuerdo con él en la cuestión italiana, como en todas las demás cuestiones?" Respuesta favorable. "El emperador me dio la seguridad de querer marchar siempre de concierto con Austria; que deseaba, con mejor buena voluntad, ir por dondequiera con nosotros, mano sobre mano. Le ha dado órdenes a su embajador en Turín de hacer amonestaciones muy enérgicas a propósito de la concentración de las tropas que allí se efectuaba, y otras equivocaciones. Añadió que le debía atenciones al Piamonte por los servicios prestados últimamente, pero que no permitiría jamás que esta cuestión se convirtiese en objeto de discordia entre los gabinetes de Viena y de París".

Declaraciones tranquilizadoras, y Maximiliano puede mostrarse satisfecho. "Tanto como puede uno fiarse de una palabra del ser humano, dice, su voz tenía el timbre de la más grande verdad".

Los adioses son "de una cordialidad muy recalcada". En testimonio de estima, Napoleón condecoró a todos los miembros del séquito del archiduque. "Somos viejos amigos", declara al acompañar a Maximiliano hasta su carro y, en muchas ocasiones, expresa la esperanza de verlo pronto de nuevo. En suma, Maximiliano tiene todas las razones para creer en el éxito de su visita. Deja a París con la sensación del deber cumplido. Experimenta "poco pesar y bendice el día en que puede volverle la espalda al centro de la civilización".

En el Consejo, aquel 28 de mayo, el emperador hace el elogio del archiduque, "tan bien educado y que sabe tantas cosas". Los ministros piensan lo mismo. Únicamente la Casa, dicen, no está contenta. "Sin embargo, ha dejado veinte mil francos", escribe Fortoul en su *Diario*.

De París, Maximiliano se dirige a Bruselas. Toma la vía marítima, porque Napoleón puso a su disposición su yate La Reine Hortense. Lo acoge, al desembarcar en suelo belga, el duque de Brabante, heredero del trono, que lo conduce hasta la capital. Leopoldo I, un Coburgo, reina en Bélgica desde 1830, y ha sabido crearse en Europa una situación excepcional. Tío de la reina Victoria que tiene en él plena confianza, la hizo casarse con su sobrino, Alberto de Saxo-Coburgo. Él mismo se casó en segundas nupcias con una de las hijas de Luis Felipe, la princesa Luisa. Matrimonio político destinado a consolidar el trono belga. Además, Leopoldo ha casado con Coburgos a un hijo y a otra hija del rey de los franceses. Cayó éste, pero la corona del rey de los belgas está ahora segura.

En Bélgica, "en comparación con París", Maximiliano experimenta la "reconfortante" impresión de encontrarse en su mundo. Tiene la sensación "que le faltó en Francia" "de estar en su casa", "entre personas bien educadas". También le place el país, "un país que pose todos los elementos de la prosperidad y de la abundancia, un suelo fértil, ricas ciudades muy próximas las unas a las otras, puertos, el mar, una red bien concebida de vías férreas, comercio y fábricas. Por todas partes un sentimiento de bienestar que el viajero comparte involuntariamente; por todas partes rostros felices, amigables; todo está bien cultivado; bosques de chimeneas de fábricas en número tal como jamás he visto cubren extensiones enteras del país. Bélgica merece completamente el nombre que se ha dado de nación modelo; esto sin duda alguna se debe en primer lugar a la política prudente del rey..."

Maximiliano admira mucho a Leopoldo I, juzgándolo, de acuerdo con la costumbre, un poco fastidioso. En la tarde de su llegada, el rey lo acorrala en el alféizar de una ventana y le inflige un curso de política europea. Este "Néstor" entre los monarcas, como él se ha bautizado a sí mismo, toma su papel en serio. Todos los soberanos, dice, tienen mucho que aprender de él. No termina la conferencia, y pasan las horas. Entonces Leopoldo le anuncia al archiduque que irá a la mañana siguiente a visitarlo para continuarla, lo que hace bostezar por adelantado —interiormente, por supuesto—, a un joven que, sin duda, preferiría una conversación menos austera.

El rey mantiene su promesa. A la mañana siguiente, muy temprano, va con Maximiliano, y aborda los asuntos de Italia. ¿Quiere "asustar" a su huésped con los proyectos italianos de Napoleón III? Pretende que dentro de algunos años el emperador de los franceses emprenderá "una gran guerra" para ayudar a la satisfacción de los deseos nacionalistas y territoriales de Víctor Manuel, al que hará esperar con promesas. Maximiliano permanece escéptico. "Es posible que haya alguna verdad en eso, pero no olvidemos que no es necesario fiarse mucho de las palabras del rey..." En cuanto a él, está convencido de que Leopoldo tiene la ambición "de ejercer una especie de autoridad paternal, si puedo permitirme esta expresión, le escribe a su hermano; ciertamente quisiera desempeñar el papel de papa político ante quien se inclinarían todos los soberanos de Europa..."

Evidentemente, Leopoldo, "el viejo zorro", le parece muy fastidioso a su interlocutor que no presta demasiada atención a sus predicciones. Erróneamente por lo demás, pero es corta la experiencia política de Maximiliano. Sin duda hubiese preferido, más que oir discurrir al padre, charlar con la hija, Carlota, una princesa de dieciséis años que tiene hermosos ojos, hermoso cabello, un talle esbelto de amazona, y que, por añadidura, resplandece de inteligencia. Como todo vienés, es sensible al encanto femenino, y esta joven Carlota tiene una gracia de flor apenas abierta.

Salidren r shell ward II material in Salid?

## CARLOTA

CUANDO EN 1832, se decide el matrimonio de Luisa de Orleáns, hija de Luis Felipe, con el rey de los belgas, Leopoldo I la suerte del reino de Bélgica está todavía mal asegurada y el apoyo del rey de los franceses muy útil. Guillermo de Holanda no ha renunciado a sus pretensiones y se prepara para una reconquista. La conferencia de Londres, reunida para imponer su mediación, se halla frente a dificultades tales, que piensa atribuirle una parte de Bélgica a Francia, y la otra a Prusia. "Mi matrimonio corta los proyectos de reparto", dice Leopoldo.

Para él, aquél es un acto esencialmente político.

Para Luisa, es un drama. Desde el momento en que se sabe destinada a ser la esposa de este príncipe de cuarenta y dos años, viudo, luterano, cuyo rostro duro y frío refleja una inteligencia seca, vierte torrentes de lágrimas, y su padre, que la ama tiernamente, llora con ella reprochándose sacrificar a su hija a las exigencias de la política. En la firma del contrato, en Compiègne, el 9 de agosto de 1832, Luisa, cubierta de brillantes y de flores, parece abrumada. El día 10, día del matrimonio, tiene una palidez mortal, pero su expresión es dulce, resignada, porque sabe bien que "el amor no gobierna la suerte de una princesa". Su última mirada, desde el coche que la lleva en compañía de su esposo, está empañada de llanto. Y en su primera carta a su madre, fechada en Cambrai, escribe: "Nunca olvidaré el triste día en que me he separado de vos con todo lo que me es más querido en el mundo, teniendo como toda compensación para mi doloroso sacrificio la esperanza de una felicidad que aún no comprendo".